

LA ENCARNACION ES UN HECHO.

Al comenzar el segundo tomo de nuestra publicación, decíamos que no podía llegar á demostrarse la verdad del Misterio Eucarístico, si no quedaba antes plenamente comprobada la existencia de Dios y la Divinidad del Verbo, hecho carne.

Dominados por este pensamiento, hicimos en ese segundo tomo de nuestra publicación, la primera tarea: presentamos á la consideración de nuestros lectores las pruebas que racionalmente convencen la existencia de Dios, y, aunque con impropia frase, hicimos brillar á sus ojos la plenitud infinita del ser Supremo, su ser personal y viviente, su unidad maravillosa, su Trinidad adorable.

Comenzamos en el tomo siguiente la segunda

tarea: bosquejar á Cristo, al Verbo hecho hombre.

Para conseguirlo dimos una idea del plan divino, de la caída de los ángeles, de la culpa cometida por los autores del género humano, de la necesidad de la reparación, del plan por Dios concebido para levantar á la humanidad pecadora, y cerramos nuestros trabajos, delineando el paraíso casi divino en que había de realizarse la unión de la naturaleza divina con la naturaleza humana, degradada y corrompida.

Seguimos hoy la labor emprendida.

El mundo actual niega por medio de sus sabios, de los que se llaman los representantes del pensamiento moderno, no sólo la divinidad de Cristo, de esa persona que unió en sí las dos naturalezas, la divina y la humana, sino que se atreven á negar hasta su existencia real.

Ya desde principios de este siglo se anunciaba tan atrevida y absurda negación.

Dupuis, filósofo y erudito francés, intentó reducir todas las religiones á una fuente común.

Compuso, para este efecto, una obra que intituló "El Origen de los cultos."

Por un prodigioso derroche de erudición, llegó á disimular el absurdo radical de su sistema mi-

tológico, que consiste en encontrar en el cielo, en el mundo de los astros, el origen de todos los errores de la tierra, de todas las leyendas, con que la credulidad humana se ha mecido en su cuna.

Para él, Jesucristo no es más que la figura alegórica del sol, cuyo nombre *Harris* ó *Christ*, es decir, el que vela, no es más que uno de los nombres del *Vischnow* indio, de donde se ha formado el nombre de *Christhna* y de Cristo.

Para él, el cristianismo, no es más que el símbolo de los misterios que se realizan en el firmamento.

Si la imaginación de los pueblos, atribuyendo una realidad histórica á este dios del día que rompe la cabeza de la serpiente del infierno, lo personifica en Cristo; si ella compuso el mito ó el romance de su vida, según la sucesión de los fenómenos y de las fases del sol; si ella puso su existencia en medio de los tiempos y en los días del Emperador Augusto, fué porque los pueblos aguardaban á un Salvador en la sexta edad del mundo.

Tal es la teoría de Dupuis, según el resumen que de ella hace el Dr. Sepp.

En el fondo, agrega el filósofo francés, la vida

de Jesús no quedaría mejor comprobada, que como lo está la existencia de Osiris, de Hermes, de Adonis, de Budha ó del Chritsna de los indios.

Volney, en muchos lugares de sus escritos, expresa los mismos errores que Dupuis.

Strauss, teólogo alemán, reconoce en la vida de Jesús un punto central histórico; pero se esfuerza en probar que el Cristo de los Evangelios es una invención del espíritu humano.

Ese Cristo, para Strauss, está en contradicción con la ciencia moderna.

Debemos, en consecuencia, dadas estas afirmaciones que muchos filósofos de este siglo han pretendido sostener, afirmar la existencia real de Cristo.

Cristo no es un mito, ni una idea: Cristo es una persona que realmente existió en medio del mundo.

La Encarnación, es decir, la unión de la naturaleza divina con la naturaleza humana en el seno de una Virgen, no es un sistema, es un hecho.

Para hacer la demostración de esta verdad, debemos emprender el mismo camino que adoptamos para dejar demostrada racionalmente la existencia de Dios.

Todo efecto necesariamente supone una causa, y toda causa posee eminentemente el ser y la perfección que se encuentran en sus efectos.

Partiendo de estos principios, que la sana razón jamás puede desconocer, afirmamos la existencia del mundo, la realidad del movimiento, y de estas dos afirmaciones, que son dos hechos, llegamos inevitablemente á reconocer la existencia de un primer ser, de un primer motor absolutamente inmóvil.

El mismo procedimiento vamos á emplear ahora para ver si es posible llegar á esta conclusión: existe Cristo.

En medio del mundo, de ese gran mundo que con sus maravillas pregonaba la existencia de una primera causa, hay otro mundo, cuyas proporciones parecen menos extensas á nuestra vista, pero cuya grandeza real se desborda y se hace sensible: el mundo cristiano.

El mundo cristiano existe: nadie puede desconocerlo:

“Semejante, dice el P. Monsabré, á esas nebulosas fecundas, cuyas irradiaciones han poblado el espacio, el mundo cristiano se ha dilatado, y partiendo de las llanuras de Judea, ha llenado suce-

sivamente la tierra con sociedades vivientes, íntimamente unidas por la penetración de una misma doctrina y de una misma virtud.”

Es un hecho que nadie puede desconocer: atravesando las montañas, surcando las aguas que separan los grandes continentes, visitando los diversos lugares de la tierra, se encuentra por todas partes una cruz, y se escucha al rededor de ella, la voz de una gran muchedumbre ó de un pequeño rebaño, confesando la misma fe, abrevándose en las mismas fuentes de vida, obedeciendo á un mismo jefe, y repitiendo unánimemente esta palabra: somos cristianos.

Volvemos á repetirlo: este hecho nadie puede negarlo, como nadie puede negar la existencia del mundo y la existencia del movimiento.

Y este hecho, no es un hecho que carezca de importancia y de significación.

Los sabios de nuevo cuño, los grandes, así se llaman ellos mismos, en la política y en las letras, no cesan de repetir que el hecho carece de importancia en el orden social, que ese mundo cristiano, es apenas una secta impotente, víctima de vergonzosa y mortal enfermedad que se llama superstición; secta intransigente y destinada á desapa-

recer muy pronto y sin esfuerzo, ante la invasión de una filosofía, que abre sus puertas á todas las inteligencias.

Y sin embargo de que así juzgan al mundo cristiano con sus palabras, con sus hechos se desmienten, porque en ellos revelan el asombro que les causa y el temor que les inspira.

Los que así tratan al mundo cristiano, con sus hechos, con sus palabras, lo persiguen á muerte, y emplean, para ello, la fuerza y la política á fin de no dejarlo ni respirar siquiera.

Este hecho es también notorio: pululan en el mundo las sectas religiosas, y es notable que los gobiernos, que no han llevado al solio ó al senado el sol del catolicismo, á ninguna de ellas persiguen: si no las favorecen y las alientan, al menos no las atacan.

Sólo el mundo cristiano es perseguido por los Jefes de aquellos Estados, en que la religión católica no es el alma de sus constituciones políticas.

“En el fondo, continúa diciendo el P. Monsabré, nuestra existencia les exaspera, y, afectando despreciarnos, demuestran con sus furoros que no somos una secta que va á morir, sino un mundo,

un verdadero mundo y de todos los mundos el mejor organizado y el más viviente, el más pujante.”

Schelling decía: Aun cuando los racionalistas hubiesen llegado á abatir al cristianismo al nivel de un fenómeno ordinario, la grande crítica histórica le mantendría su rango y su importancia. El mundo cristiano existe.

¿Quién es su autor? ¿Es, por ventura, una obra sin artista? ¿Es un efecto sin causa?

EL MUNDO CRISTIANO.

El mundo cristiano por sus movimientos, por su perfección y por su armonía demuestra de un modo irresistible la existencia real de su autor, de aquel que con sus palabras, con su vida y con su muerte le diera el ser y le trajera á la vida.

En el mundo cristiano busca el hombre, como busca siempre, conocer á Dios y lo busca en Cristo: “Quien me ve, decía el fundador de esa religión, ve á mi Padre.”

Quiere el hombre conocer las perfecciones de

Dios y las busca en Cristo, porque él manifiesta en su persona y en su vida, con brillo incomparable, la bondad, la sabiduría, el poder, el amor, la justicia y la misericordia de Dios.

Quiere conocer el mundo y lo busca en Cristo, que es el ejemplar eterno copiado por la Omnipotencia divina en todas las obras que resplandecen en el mundo.

Quiere conocer la historia y la busca en Cristo, que es el punto central á donde terminan los siglos antiguos y de donde parte la nueva era del género humano.

Quiere conocer el alma y la busca en Cristo, que revela su dignidad eminente y su precio infinito.

Quiere conocer sus deberes y los busca en Cristo, que es quien hace conocer al Universo la regla de esos deberes que es la voluntad divina.

Quiere conocer los misterios del dolor y los busca en Cristo, que lo santifica y lo transfigura.

Quiere conocer un remedio para las flaquezas que deshonran y entristecen la vida y lo busca en Cristo, que viene á enseñar el modo de levantarse de las caídas y de encontrar la senda que conduce á la vida.

En una palabra, si el hombre busca la ciencia y la luz por un instinto, por una tendencia de su alma que no puede ni desconocer ni refrenar, en el mundo cristiano el hombre busca esa ciencia solamente en Cristo: "No queremos otra ciencia, decía San Pablo, que á Cristo y á Cristo crucificado."

Esta es la nota característica de la ciencia, en este mundo cuyo autor estamos buscando.

Por todas partes de la tierra á donde penetra nuestra mirada y encuentra una cruz, palpa, desde luego, que todos los que siguen esa doctrina, á Cristo es á quien buscan, para encontrar la ciencia.

Además de este movimiento de la inteligencia en busca de la verdad, hay otro movimiento en el hombre, el movimiento del corazón.

En el mundo cristiano los corazones se mueven hacia Cristo.

El pequeño niño, desde que está en el regazo materno, comienza á comprender, á la influencia irresistible de la enseñanza cristiana, convertida en consejos por las ternuras de una madre, los misterios de la vida divina y aspira á la felicidad de unirse al que es el amigo dulce de los inocentes y de los sencillos.

El adolescente, presintiendo ó escuchando los rumores lejanos que se preparan en los tenebrosos abismos de las pasiones, busca un refugio en el corazón de Cristo.

El joven le cuenta sus combates, sus derrotas y sus vergüenzas. El hombre maduro descansa á sus piés de las labores del pensamiento y de las fatigas de una vida agitada.

El anciano, abrazando con su mirada entristecida las decepciones que ha sufrido en su dilatada carrera por el mundo, busca en él un refugio.

La virgen le confía su pureza. La mujer amada, le pide ser amada puramente, para ser amada siempre.

La mujer á quien desgarran las infidelidades, busca en su corazón misteriosas compensaciones.

La madre le consagra su familia, el pobre le pide en su cuna los honores que el mundo le rechaza, el afligido al pie de la cruz le pide consuelo.

El pecador arrepentido de sus culpas viene á hundirse en la sangre de la augusta víctima.

Cristo, en el mundo que él formara, es amado como un amigo, como un esposo, como un padre, como el más magnífico de los bienhechores, como

el más dulce de los que consuelan, como un Redentor.

Cristo es amado con amor generoso hasta el sacrificio, con amor heroico hasta la muerte.

Así se ama en el mundo cristiano; á ese centro de inmenso amor tienden los corazones.

Verdad es, que hay en este mundo que forman los cristianos, olvidos prolongados, traiciones vergonzosas, intermisiones, eclipses, pero, al fin, estos pasan; los ingratos despiertan; los que olvidan recuerdan y vienen á presentar al corazón paciente y misericordioso que aguarda sus retornos, el supremo homenaje de su arrepentimiento y de su amor.

Estos son los movimientos del mundo cristiano; todos tienen á Cristo. Pero en este mundo cristiano hay también una perfección que en ningún otro se encuentra.

En ninguna parte como en el mundo cristiano se descubre tanta nobleza de aspiraciones, tanta firmeza en la lucha contra los apetitos de la naturaleza, tanta castidad en el amor, tanta fuerza en las costumbres, tanto respeto á la justicia, tanto amor al sacrificio, tanta compasión misericordiosa, tanta magnanimidad ante la ofen-

sa, tanta resignación en los dolores, tanta sumisión al poder, tanta estima por las libertades verdaderas, tanta abnegación en el manejo de la cosa pública, tanto celo por los intereses más sublimes, tanto cuidado para no caer, tanta prontitud para levantarse, tantos impetuosos deseos para ser cada día mejores.

Cualquier observador, por vulgar y preocupado que se suponga, puede advertir que todas estas virtudes que son el fondo de la civilización de hoy, sólo nacen, se desenvuelven y se admiran bajo el sol del cristianismo.

En este mundo hay otra flor preciosa, la flor de la santidad, es decir, un conjunto de las cualidades más valiosas de las virtudes más sublimes que llegan siempre al heroísmo.

Sólo en el cristianismo, sólo en el mundo cristiano se contempla y se admira á los santos, y los santos no son otra cosa que la copia de un modelo que se impone á todas sus acciones.

Los santos no son más que los hombres que fielmente copian á Cristo, si no en todos sus rasgos, porque es imposible que, flacos y débiles, puedan acumular los tesoros de santidad que sólo en Cristo pudo depositar el Espíritu divino, al

menos en alguno que más se adapta á su índole ó á las tendencias de su alma.

Y esta perfección del mundo cristiano no sólo se advierte en los seres que lo forman; su hermosura y su belleza se descubre en el conjunto.

Al mundo cristiano vienen de todos los pueblos; vienen los civilizados, los bárbaros, los salvajes.

En el mundo cristiano, como en ningún otro mundo, se descubren variedades de inteligencias, de corazones, de apetitos, de caracteres, de educaciones, de vidas civiles, de ideas políticas.

Y sin embargo de esta prodigiosa variedad, se nota la unidad más espléndida.

La unidad, enlazando la variedad, constituye la armonía.

Y esta armonía en ninguna parte aparece como en el mundo cristiano.

Un mismo credo ilumina todas las inteligencias y resuena en todos los labios; una misma legislación en sus prescripciones fundamentales se impone á todos los corazones; una misma constitución hace penetrar por todas partes el mismo poder.

Un anciano sentado en el solio de la altanera

Roma, de donde partían los procuradores y cónsules para llevar al Universo entero sus decretos y sus leyes, es el que dirige á ese mundo admirable y sorprendente.

En paz ó perseguido, rodeado de honores ó agobiado de oprobios, libre ó prisionero, es lo único que acata el mundo cristiano.

Es un padre cuyo amor nadie arrancará del corazón de sus hijos; es un rey cuya autoridad soberana va derecha á las almas; es un pontífice cuya subordinación á su gobierno nunca ha turbado la jerarquía *sacerdotal*; es un inmortal, como dice el P. Monsabré, que pasa por sucesivas encarnaciones.

Esa armonía del mundo cristiano no reconoce más origen que á Cristo; la fe que unifica las inteligencias, la ley que se impone á todas las voluntades, el poder que penetra por todos los continentes, es la fe en Cristo, la ley de Cristo, el poder de Cristo, en las manos de un débil anciano.

El movimiento, la perfección y la armonía del mundo cristiano, dependen de Cristo.

Cristo es todo en este mundo.

La ciencia, el amor, la unidad en este mundo está impregnado de Cristo; esto se palpa, nadie lo

puede negar, es la nota característica de este mundo.

¿Y será posible que la fe cristiana tenga por objeto un sueño ó un delirio?

¿Será posible que el amor cristiano adore un fantasma de la imaginación?

¿Será posible que la perfección cristiana imite un tipo quimérico?

¿Será posible que la armonía del mundo cristiano resulte de la obediencia á la nada?

¿Será posible que el nombre de cristiano no sea más que el nombre de un mito?

El buen sentido se rebela á creerlo así.

La razón humana ve un mundo que existe desde hace dos mil años, y ve esos prodigios que en él se realizan de sabiduría, de santidad, de unidad armoniosa.

Ante esos efectos, ¿puede la razón humana, el simple buen sentido, sostener que son efectos sin causa?

¿Puede no confesar que este mundo perfectamente real, que esos movimientos notoriamente visibles, que esa perfección que á nadie se oculta, no tenga por autor á un ser personal vivo é inteligente?

Sostenerlo así, sería negar principios que norman el orden del entendimiento; sería admitir un efecto sin causa y proclamar que hay perfecciones en el efecto que no se encuentran en la causa.

Preciso es, entonces, reconocer que Cristo, autor del mundo cristiano, ha sido un ser viviente, personal, dotado de inteligencia, y no un mito, como le llaman los antiguos y modernos novadores.

El mito absoluto no ha tenido en el mundo intelectual más que un éxito mediano.

Y era natural; la inteligencia humana, por mucho que sea el desorden que haya en el mundo, no llega á perder las reglas que norman su vida y sus movimientos.

Un mundo cristiano, real, lleno de armonía y de perfección, no puede ser considerado por la inteligencia humana, como el resultado de una fábula, de un mito ó de una leyenda.

Otros más sabios, los alemanes, han obrado de otra manera; ellos no consideran á Cristo como un mito absoluto; reconocen su existencia real, pero no lo consideran sino como un punto central de la historia.

El Cristo de los Evangelios no es, en definiti-

va, según esos sabios, más que una producción laboriosa y muchas veces secular del espíritu religioso que entra en una faz nueva y que agrupa en el carácter de un mismo individuo las ideas, las leyendas, los símbolos de la antigüedad, después de haberles hecho sufrir un trabajo de depuración y de transformación.

La crítica alemana juzga probable que tal idea cristiana se tomó de una escuela, que tal leyenda ha entrado por imitación en el romance cristiano, que tal símbolo ha sido transformado.

Fácil es combatir así al cristianismo; se asientan hechos, cuya exactitud no se procura comprobar.

La crítica alemana, que invoca esos hechos para fundar en ellos la existencia de un Cristo tal como ella le concibe, no se ha cuidado de puntualizar en dónde se verificaron esos hechos, cuándo se realizaron, de qué modo sucedieron y por quién se hizo esa depuración que vino á revelar la idea cristiana.

Pero fuera de que este sistema carece de base, porque carece de prueba, fácil es persuadir á cualquiera de que el cristianismo no es una obra de lenta depuración, no es el resultado de transforma-

ciones que hayan sufrido los símbolos ó las antiguas leyendas.

El cristianismo salió de la mente de Cristo, completo, de un golpe: no significaba la depuración ni la transformación: Jesucristo no era un novador.

El mismo decía: "Anunciamos y damos testimonio de lo que *fué desde el principio*."

San Pablo, que, como nadie conocía, entre los hombres, la filosofía del cristianismo, decía: "Yo he conservado el depósito de la fe, *evitando aun la novedad de las palabras*."

Y en otra parte decía á sus hermanos: "Estad firmes y *mantened las tradiciones*."

El cristianismo del mundo cristiano no es un fenómeno móvil; su historia nos lo muestra siempre animado con el mismo movimiento brillante, con la misma perfección ordenada, con la misma armonía.

El movimiento, la perfección, la armonía del mundo cristiano, eran en la Edad Media como son hoy; era, en aquellos siglos que no se plegaron bajo el yugo de los bárbaros sino para imponer la fe de Jesucristo, como eran hoy.

"Era en las edades heróicas, en las que, como di-

ce el P. Monsabré, la fe y el amor se probaban por la sangre, en que el desierto florecía con las maravillas de la vida cenobítica, en que las grandes controversias de la herejía terminaban con una palabra del sucesor de Pedro, como es hoy.”

De época en época, de siglo en siglo, de generación en generación, se ha venido repitiendo una misma é invariable palabra por los sacerdotes del mundo cristiano: El que cree en Cristo, no será confundido: Sea anatema el que no ame á Cristo: El Cristo nos ha dejado el ejemplo para que sigamos sus huellas: Cristo es la unidad de todo, *in ipso omnia constant*.

El mundo cristiano ha sido el mismo siempre; no ha consentido ni ha podido consentir violación de ningún género.

La teoría alemana está en abierta contradicción con la historia de este fenómeno social que asombra por sus movimientos uniformes, admira por su perfección y arrebató al espíritu por la armonía que desde su aparición en el mundo hasta hoy se advierte en él, sin que haya una sola nota que establezca una discordancia.

Preciso es reconocer que el mundo cristiano, con sus grandezas y sus maravillas, debe tener

un autor personal viviente y en el que, por decirlo así, esté encarnada la idea cristiana.

EL MUNDO CRISTIANO NO ES OBRA HUMANA.

El mundo cristiano no es obra humana; porque ningún hombre ha hecho obra semejante y porque ningún hombre ha sido capaz de hacerla.

El mundo cristiano tiene un carácter eminente, único: ninguna sociedad intelectual, ninguna sociedad religiosa, se asemeja al mundo cristiano.

El austero Pitágoras, el armonioso Platón, el grave Aristóteles y otros muchos ingenios antiguos ó modernos, cuyos nombres figuran con gloria en los fastos del espíritu humano, han hablado de Dios, de la naturaleza, del hombre, de las leyes del pensamiento y de las leyes de la vida.

Sus lecciones, recogidas por discípulos respetuosos, han agrupado las fuerzas intelectuales de muchas generaciones.

Al impulso de esos hombres, que han admirado al mundo por su ciencia, se han fundado sistemas y sociedades intelectuales.